

y apenas puso pie en tierra todas cuantas mujeres había allí le rodearon, bañado en llanto el rostro, suplicándole que se apersonase con el Coronel para obtener su perdón, cual si debiera ceder á sus ruegos. Manifestoles que con tal objeto había llegado, y pidió con insistencia y ruegos á Zamudio que le proporcionara hablar con él, agregando que *ni uno ni otro se arrepentirían de ello*. El Comandante Zamudio, triste y cabizbajo, tomando sobre sí la responsabilidad, de presentarlo, lo condujo al Cuartel general.

El Coronel lo recibió en el acto con la benignidad que siempre acostumbraba hacerlo con todo el mundo, y á solas con él, con el mismo Zamudio y con su Secretario de campaña, permanecieron encerrados más de una hora. La gente discurría silenciosa y preocupada alrededor de la casa como si quisiera penetrar en su interior para enterarse de lo que allí pasaba. Inútil recurso: aquellos débiles muros retenían el secreto de la conversación, y sólo cuando salió Lara de nuevo, pudo notarse que su semblante estaba menos taciturno, y que se retrataba en él algo así como la expresión de una esperanza. Zamudio y el Secretario parecían participar de ese cambio, y sólo Lazcano se presentó tan sereno é impenetrable como siempre.

¿Qué pasó allí? Pronto lo sabremos.

Por la orden del día se comunicó á las tropas que la ejecución del reo se transfería para el día siguiente á las cinco de la mañana: que después de tomar rancho la fuerza marcharía al lugar designado para formar el cuadro; que el reo sería conducido al lugar de la ejecución con las formalidades de costumbre en tales casos, un cuarto de hora antes de la que se había fijado, y que el bando pregonando que sufriría la misma pena que el reo todo aquel que pidiera su perdón, se leería á las cinco en punto, debiendo procederse al acto inmediatamente después, y entregando el cadáver á la persona ó personas que lo reclamaran.

A partir de este momento, tal pareció que el frío de la

muerte se había infiltrado en la población: nadie hablaba sino á media voz: aquí y allí pequeños corrillos de paisanos comentaban los menores incidentes que ocurrían; la tropa quedó acuartelada, reforzada la guardia de prevención, y hasta el mismo Lazcano hizo su despacho diario más silencioso que de ordinario lo hacía, pero entregándose algunas veces á un especie de concentración consigo mismo, que parecía fatigado, y sufriendo distracciones, lo que jamás había sucedido. Cuando levantaba la cabeza su mirada era siempre tranquila, pero parecían húmedos sus ojos.

Una sola cosa había llamado fuertemente la atención.

Lara se había regresado precipitadamente á Alvarado luego que se despidió del Coronel, y después de llevarle Zamudio seis hombres de los mismos que habían sido dados de alta en la noche anterior, más los dos hermanos Mora, diciéndole únicamente estas palabras con cierto aire de triunfo:

—¡Hasta mañana, señor Coronel!

Al obscurecer, una guardia fuerte de cincuenta hombres con sus oficiales á la cabeza, fué á apostarse bajo un gran cobertizo que se había construido á la orilla del río; y las dos piececitas de artillería, quedaron, con su dotación de sirvientes, abocadas en la puerta de la casa que servía de cuartel á los artilleros.

Nada ocurrió durante la noche, pero al toque de diana toda la población estaba ya en pie: era la hora señalada para conducir al reo al lugar del suplicio, designado en una llanura bastante extensa á un lado del camino que conduce á "Ventorrillos." Las tropas francas y la "imaginaria" de la guardia de prevención marcharon en silencio á ocupar el puesto que les correspondía, formando cuadro, en cuyo centro y con la espalda para el frente descubierto, se colocó el banquillo para el reo. Este llegó poco después con vacilante paso, sostenido por el Capellán y por un Ayudante de la Fiscalía, el Teniente Toro: el Fiscal con su Secretario, y el Doctor Scamon á retaguardia, y la fuerza que lo custodiaba y que debía ti-

rarle, marchaba á derecha é izquierda, ajustando su paso al trémulo y pausado que llevaba el reo ya vendado.

Al fin llegaron, y la multitud, silenciosa y triste, abrió amplio espacio para que el lúgubre cortejo penetrara hasta las primeras filas del cuadro, que se abrió por un momento para que entrara. El Capellán y su asistente sentaron á aquel infeliz en el banco fatal, y todos guardaron un silencio que á fuerza de ser profundo era más bien pavoroso. Los primeros rayos del sol iban á alumbrar una escena terrible, espantosa.

En estos momentos el Fiscal dispuso que se leyera en alta voz el "bando," y cuando un punto de atención dado por el corneta de órdenes reclamaba el silencio, el Capitán X..... llegaba á toda la carrera de su caballo, agitando violentamente un papel que llevaba en la mano, y gritando sin dejar de avanzar:

—¡Alto! ¡alto! ¡se concede la vida al sentenciado!

La escena cambió como por encanto.

Un sonoro ¡viva México! ¡Viva el Coronel Lazcano! fué el primer grito con que aquella multitud, antes silenciosa y sombría dió señales de haber salido de aquel sopor en que estaba sumergida, y después todo era plácemes, todo felicitaciones: todos querían acercarse, ver de cerca, palpar al reo, y todos lloraban de contento, porque siempre es triste, aun tratándose del cumplimiento de la ley, privar de la vida á un hombre.

Los comentarios comenzaron, pero no en reserva, sino en alta voz. Quiénes creían que todo aquello había sido un *susto* que se quiso dar al contrabandista; quiénes, que el Coronel se había arrepentido de tanta severidad por su parte; quiénes, en fin, que el Consejo de guerra había revocado la sentencia; y entretanto, y luego que el Capitán entregó al Comandante Villalobos, que era quien mandaba la fuerza, el pliego que llevaba en la mano, la tropa evolucionó para retirarse á sus cuarteles, y el Capellán y el mismo Fiscal levantaban del banquillo y desvendaban al reo, que había perdido el conocimien-

to al anunciársele que estaba perdonado. El Doctor declaró que era presa de una fiebre intensa, haciéndolo conducir á la casa del mismo Comandante Militar, que así lo dispuso.

* * *

Hé aquí lo que había pasado.

Lara, que era novio de una hermana del preso, al saber lo ocurrido en Montepío por un compañero de aquél, que pudo escapar á los aprensos, concibió un proyecto casi irrealizable, pero factible de llevar á cabo, contando con esa unión que hay entre los Alvaradeños, y con la audacia de los desesperados. De ahí que luego que supo la llegada de su futuro cuñado á "Salta Barranca," se pusiera en camino para este punto, donde, como queda dicho, solicitó y obtuvo una entrevista con el Jefe de la línea. Lara propuso que en cambio de la vida de su amigo y casi hermano, se comprometía á llevar, entre tres y cuatro de la mañana, todos los fusiles, fornituras y parque que habían rehusado entregar sus paisanos el día que las tropas del Gobierno abandonaron la plaza, y que aquellos no quisieron marchar á la campaña; y que además, si se le daban seis hombres que él mismo designó de los que acababan de ser filiados como soldados rasos, llevaría también dos piezas de á 12 que estaban enterradas al pie de "Casa Mata," agregando que, si le era posible, llevaría también las que quedaron enterradas en "Santa Teresa." Hizo sus explicaciones, comprometió su palabra de proceder lealmente, y además quedaba en rehenes el mismo reo y los paisanos que estaban ya bajo su mando. El Coronel consintió, y señaló para la ejecución una hora más tarde de la en que se había comprometido Lara para regresar de su peligrosa empresa.

En efecto, á los primeros albores del día el oficial de vigilancia apostado en el río, cerca del puesto de guardia, vió aparecer primero una, luego dos, tres, cuatro canoas viajeras cubiertas con palma de coyol y muy recargadas, á juzgar por

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII

la lentitud con que marchaban, conducidas por dos canoeros, uno á proa y otro á popa, que las hacían delizar tan suavemente, que apenas se percibía el ruido que hacían las canaletas al hundirse en el agua. El referido oficial era el mismo Capitán X....., y apenas conoció á los hombres que el día anterior habían salido con Lara, y á éste, que de pie en la primera canoa, agitaba un lienzo blanco, montó en su caballo, dispuesto á todo evento, y se lanzó á escape hacia el lugar de la ejecución para impedir que se llevara á cabo. El Coronel Lazcano tuvo tal confianza en la oferta de Lara, que cuando envió á su Secretario de campaña para que estuviera al tanto de la llegada del armamento, le puso entre las manos el indulto del reo, ya firmado.

Lo que después aconteció ya se lo puede imaginar el lector, no siendo el menos contento el Coronel Lazcano, por haberse salvado la vida á un hombre. Una hora después el Capitán Muñoz Panes tomaba nota, auxiliado de Mr. Lavin, en su depósito de armas y municiones, de dos piezas de á 12 con algunas balas, un tanto descalibradas, es cierto, pero servibles y en número suficiente para un caso dado; cuatrocientos y pico de fusiles, algunas menos bayonetas, y todas las fornituras y el parque que fué posible recoger.

Cómo lo efectuaron esos hombres audaces, casi bajo los fuegos de la escuadrilla enemiga, no lo sé; pero es el caso que el Coronel, satisfecho y contento, á la primera súplica que le hicieron las mujeres, mandó poner en libertad á los que indudablemente habrían sido malos soldados, que desertarían á la primera oportunidad que se les presentara.

Sólo el Dr. Seamon quedó disgustado de la medida, porque entre los que marchaban iban algunos amigos suyos, como él buenos bebedores, con quienes en otras veces había cogido más de una *rata nocturna* siete veces por semana.

Tal fué el acontecimiento que de manera tan inesperada vino á salvar la situación bastante precaria en que estábamos por falta de armamento.

Inútil es decir que, por esta parte de la costa al menos, no volvió á aparecer ningún atrevido que quisiera hacer comercio con el enemigo.

XII

Los trabajos del campamento, emprendidos con tanta actividad, y continuados con tanta constancia, tocaban á su término: ya sólo faltaba perfeccionar las obras de construcción, dejar expeditos los caminos de travesía en todas direcciones, y montar las cuatro piezas de artillería sobre sus explanadas para dominar toda la parte del río por donde forzosamente tenían que pasar las cañoneras enemigas. Y como á la vez que se trabajaba en el campamento proseguían en toda la línea las no menos importantes tareas de reorganización militar, de ahí que se fijara definitivamente el día 3 de Febrero para la inauguración solemne de aquel campo, que haría época en los anales de la Costa de Sotavento.¹

En efecto, el día 30 de Enero quedaron concluídos y perfeccionados del todo los trabajos del campamento, y ese mismo día quedaron instalados en sus cuarteles los "Zapadores de San Andrés," la compañía de infantería de "Santiago Tuxtla," el "Batallón Ortega," los "Lanceros de Orizaba," más la batería de artillería formada con reemplazos que llegaron de Tesistepec, los viejos guardias nacionales de esta arma que estuvieron en Alvarado, y con los "Dragones de Solís," veinte hombres que pertenecieron á la escolta del General Prim, y que, al retirarse las tropas españolas de Veracruz, se unieron á nosotros en la época de Larragoiti, al mando de un Capitán de apellido Solís, y á los cuales el Coronel Lazcano

¹ La primera idea del Coronel Lazcano fué que la inauguración tuviera lugar el día 5 de Febrero para solemnizar el 6º aniversario de la promulgación de la Constitución de 1857, pero la opinión de los hijos de Alvarado, bastante experimentados, de que era casi seguro que soplaría norte del 3 en adelante, hizo que desistiera, fijándose el día 3 y no el 2, para no deslucir la fiesta titular de Tlacotalpam, que es de gran beneficio para el comercio en general.

hizo cambiar de arma, pasando á la artillería, donde prestaron muy buenos servicios durante casi toda la campaña.¹

Del 31 de Enero al 2 de Febrero llegaron todas las fuerzas que debían concurrir al festival de inauguración, parte de las cuales quedaría para guarnecer el campamento, debiendo relevarse cada dos meses, tanto para que alternativamente cubrieran las poblaciones de donde procedían, cuanto para que, aislados en aquel campo retrincherado donde nadie podía penetrar si no era por asuntos del servicio, pudieran recibir la instrucción militar necesaria.

Este es el lugar donde debe consignarse como un recuerdo de gratitud y un homenaje de admiración en favor de las señoras y señoritas de Tlacotalpam y de San Andrés Tuxtla, la parte activa que tomaron para secundar los esfuerzos del Coronel Lazcano. En el primer punto, invitadas por la Sra. Blasa Enríquez de Zayas, costearon el uniforme de brin de las dos compañías del batallón "González Ortega," construyéndolo además personalmente; y en el segundo, bajo la dirección de las Sras. Remag de Palacios y de Carrère, el de la batería de artillería y de "Lanceros de Orizaba." Además, la Sra. Enríquez de Zayas obsequió al referido batallón con una lujosísima bandera de seda, costeadada de su peculio, y al de "Zaragoza" las sanandrescanas con otra que, aun cuando de menos valor material, no por eso dejaba de ser un magnífico regalo. También la Sra. María G. de Villalobos, digna esposa del Jefe de este apellido, entusiasta patriota, que sufrió más de una amargura durante su permanencia en esa población, hizo llegar al campamento un botiquín completo, del cual se carecía, y una cantidad de hilas y vendas que ella y

¹ Solís, cuyo carácter discolorado era el menos á propósito para hacerse querer, se separó del servicio al comenzar la época de mando del General D. Alejandro García. Contrajo matrimonio con una viuda rica de Tuxtépec, y debido á su mal manejo para con los peones del campo, poco tiempo después de casado fué encontrado muerto á puñaladas dentro de los mismos campos de labor.

algunas buenas alvaradeñas prepararon durante las noches, para que sirvieran á los heridos cuya sangre corriera en defensa de la patria.

XIII

Puro, radiante, tranquilo, amaneció el día 3 de Febrero de 1863.

Cuando apenas comenzaban á alumbrar sus primeros albores, allí, donde un mes antes el silencio era absoluto, ó interrumpido apenas por el horrible silbido de alguna serpiente de cascabel que se enseñoreaba del espeso monte que coronaba la montaña, el toque de diana se hizo oír por primera vez, repetido en diversos y distintos puntos, por las bandas y músicas militares de las tropas que en ella acampaban ahora. A la tranquilidad del bosque sucedía el bullicio del campamento, como á la majestad de aquellos árboles seculares había sucedido la humilde techumbre de los rústicos edificios que formaban el campamento. El pavoroso silencio de cien generaciones de plantas y arbustos silvestres fué interrumpido bruscamente; y á los bélicos acordes de las músicas respondían el marcial sonido de los tambores y cornetas, en tanto que la imponente y sonora voz de los clarines de la caballería se mezclaban desde abajo, como para avisar que allí también se preparaban á la gran fiesta de antemano combinada, mientras llegaba la hora de acudir al terreno del combate.

El lugar designado para celebrar la inauguración del campamento, ó más bien, para celebrar la fiesta inaugural, era la planicie que á la falda de la montaña se extendía en ligerísimo declive hasta la playa del mar. En el centro, sobre un ligero levantamiento del terreno, flotaba al aire libre la enseña nacional, y bajo una espaciosa tienda de campaña habíase improvisado un humilde altar de la patria, donde teniendo á Dios por testigo, y como oficiante el Capellán de la brigada y á los liberales Curas de Cosamaloápam y de Santiago Tux-

BIBLIOTECA
 DE LA UNIVERSIDAD
 DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

tla, recibieron sus banderas los batallones que iban á tener tal honra, previa protesta de morir en su defensa antes de dejarla caer en manos del enemigo invasor ó de los traidores que tan vilmente se habían unido á él.

Aquí y allá, formando un vasto círculo en torno del altar, multitud de barracas construídas provisionalmente desde dos días antes, debían ofrecer su sombra á las familias que de Alvarado y de Tlacotalpam, de Salta Barranca, los Ventorrillos, Sombrerete y el Mesón, y de otros puntos más lejanos iban llegando, ataviadas con sus mejores trajes y sus más valiosas galas para presenciar un espectáculo que jamás habían visto; é improvisados *puestos* de comestibles y de refrescos brindaban á todos los más apetitosos de esos platillos que sólo en la costa se saben condimentar, en tanto que al abrigo de las pequeñas colinas de arena que en anfiteatro van descendiendo desde la altura de la montaña hasta perderse en la planicie, los *rancheros* del campamento se disponían á llenar sus culinarias funciones para que las tropas se refrigeraran cuando les llegara su vez.

El sol, magnífica é inimitable lámpara que alumbra al universo entero, y cuyos potentes rayos habían hecho desaparecer hasta la más tenue nubecilla que podía empañar su vívida luz, ascendía lento y majestuoso en su interminable carrera; y apenas eran las nueve de la mañana cuando aquel amplio valle estaba casi lleno de gentes que, en espera de la llegada de las tropas, ó recorrían el campo llenas de júbilo, ó contemplaban de cerca el mar llenas de admiración, llegando hasta donde las olas, ligeramente rizadas á impulsos de una suave y fresca brisa, iban á besar sus pies.

De pronto se efectuó un movimiento uniforme y simultáneo en la multitud, convergiendo todas las miradas hácia un mismo punto: hacia las primeras colinas de la montaña.

Era que las armonías musicales y el sonar de los tambores anunciaban la llegada de la tropa en número que nunca en la costa, y menos en aquel lugar, se había visto reunida. Los

cuerpos y compañías sueltas de infantería llegaron al fin, tomando plaza en los puntos que de antemano les estaban designados, desplegando desde luego airosamente en línea de batalla: luego llegó al galope la artillería de montaña que, en medio de un nutrido aplauso y levantando nubes de polvo, fué á situarse al pie del montículo donde se elevaba el altar; y en seguida la caballería á media rienda, á cuatro de fondo, cerró el cuadro, dando la espalda al mar; y cuando infantes y dragones maniobraron para rectificar la formación, el Comandante Enríquez, Jefe de las armas en Tlacotalpam y nombrado para el mando de la columna, se situó con sus ayudantes en el punto que le correspondía. Momentos después un crecido grupo de ginetes se dejó ver ya en las últimas colinas, y un puuto de atención, repetido en cada cuerpo ó compañía, hizo que las tropas permanecieran firmes á la voz de mando del Comandante Enríquez, repetida por sus jefes respectivos.

Era el Coronel en Jefe con su Estado Mayor y el personal de la Comandancia que llegaban á su vez, ostentando cada cual la banda distintiva de cada agrupación.

Hé aquí cuáles eran las fuerzas que iban á inaugurar el campamento de Conejo.

Comandancia General.

Jefe de la línea militar de Sotavento, Coronel de caballería C. Mariano Lazcano.

Jefe de Estado Mayor, accidental, Teniente Coronel C. Francisco de P. Carrión.

Secretario de campaña, Capitán C. S. J. Campos.

Asesor, Teniente Coronel C. Lic. Demetrio Osio.

Capellán, Presb. M. Contreras.

Ayudantes: Capitanes, CC. Julio Fadht, Joaquín M. de Aguilar, Teodoro N. Ehlers, Miguel Carrasco y Santiago Cházaro; Teniente, Cayetano Toro; Alférez, Carlos Talavera; Sargento 1º, M. Flores.

Pagador general, Comandante C. Adrián Troncoso.

C. ALFONSO
 UNIVERSIDAD
 E.

Comandancia del campamento.

Jefe principal del campamento, Comandante C. Juan B. Zamudio.

Mayor de órdenes, Comandante C. José M. Villalobos.

Ayudantes: Capitanes CC. José Miguel Zamora y Felipe Cano. Teniente, C. Juan Sánchez.

Guarda parqué y encargado de la maestranza, Capitán C. Francisco Muñoz Panes. Subteniente M. Lavin. Sargento Manuel Martínez.

Ambulancia.

Jefe del cuerpo médico, Comandante C. Jhon Scamon.

Id. id. id. id. Pedro Roch.

Ayudantes: Tenientes, Mariano Murillo y Manuel Raso Garmendia.

Infantería.

Batallón "González Ortega," Comandante accidental, Comandante C. Joaquín G. Güido.

Batallón "Zaragoza," con música, Teniente Coronel C. Enrique Alvarez Markoe; Mayor, C. Valentín Moscoso.

Batallón de Tlacotalpam, con música, Teniente Coronel C. Gabriel Cházaro. Comandante accidental, Capitán C. Miguel Márquez.

Compañías de San Andrés y Santiago Tuxtla, Capitanes CC. Rafael Correro y Manuel Zavaleta.

Compañías de Cosamaloápam, Capitanes CC. Juan Bernoleras y Margarito Montalvo.

Zapadores de San Andrés, Capitanes CC. Florentino Pacheta y Pascual Velasco.

Artillería.

Primera batería, Comandante, 1^{er} Ayudante C. Antonio Redondo, Teniente C. Antonio Rojano, Subteniente C. Pedro Flores.

Caballería.

Escolta "Lanceros de Orizaba," Capitán C. Manuel Castillo, Teniente C. Joaquín Llanos, Alférez C. José M. Rojas.

Escuadrón de "San Simón," con música, Coronel C. Pedro García Ortiz, Teniente Coronel C. Bernardo Franyuti, Mayor C. Wenceslao Jiménez.

Rifleros de Goatzacoalcos, Capitán C. Eulalio Vela.

Auxiliares de Cosamaloápam, Capitán C. Leonardo Badiello, Teniente C. José Silva.

Auxiliares de Tlacotalpam, Teniente C. José Lili.

Auxiliares de "Conejo," Capitán C. Juan Delfin.

Auxiliares de Acayúcam, Capitán C. Julián Lascurain.

Servicio fluvial, Patrón C. Amado Cuello.

El efectivo de esta fuerza era de poco más de mil doscientos hombres, habiendo quedado cubiertas con pequeñas guarniciones todas las poblaciones de la línea de Sotavento.

A las diez de la mañana en punto comenzó la ceremonia.

El Coronel en Jefe arengó á las tropas en pocas pero sentidas frases, haciéndoles conocer las obligaciones que todos y cada uno contraían para con la patria: el Capellán bendijo las banderas, y con las formalidades de Ordenanza les fueron entregadas á los batallones "Zaragoza" y "Ortega:" la artillería hizo el saludo correspondiente en medio de los dulces acordes del Himno Nacional que ejecutaban todas las músicas, cuyo saludo fué contestado al momento por los cañones que tan bravamente habían llevado los alvaradeños, y que coronaban las alturas de la montaña; ¹ y luego el Capellán Contreras acompañado de los Padres Carrión y Romay, y de la orquesta que improvisó el notable violinista D. Antonio Valdesie, Teniente de la compañía de San Andrés, entonó un

¹ Según noticias posteriores, el Comandante de la escuadrilla francesa surta en Alvarado, al notar que no había gente en la población, y después de escuchar los disparos de la artillería, mandó encender las máquinas de las cañoneras disponiéndose á la defensa.

C. DE LA ALFONSO
 UNIVERSIDAD
 B. I.

solemne *Te Deum*, interrumpido por las salvas y las descargas que á su tiempo hicieron artilleros é infantes.

El Asesor de la Comandancia General, Lic. Osio, inteligente como fotógrafo, había hecho conducir sus aparatos desde Tlacotalpam, y durante el día tomó varias vistas, de las cuales se remitió un ejemplar al Jefe del Ejército de Oriente, C. General Jesús González Ortega, cuando se le rindió el parte oficial de los sucesos que en la costa habían tenido lugar con posterioridad á la acción del "Mediadero." A las doce, puestas las armas en pabellones con sns vigilantes respectivos, y encadenados los caballos de los dragones, la tropa toda tomó rancho, concediéndose una hora para que descansara.

A las tres de tarde formó la fuerza en línea de batalla, orden de parada, recorriendo la línea el Coronel Lazcano, acompañado del Comandante Enríquez y de su Estado Mayor, y á las cinco comenzó el desfile para regresar al campamento, del cual partieron al día siguiente los que debían regresar á sus lugares de residencia, en tanto que les llegaba su turno para relevar á los que desde ese momento quedaron allí de guarnición.

XIV

Tal fué la fiesta con que se inauguró el "Campamento de Conejo;" fiesta que no sólo atrajo multitud de gentes que pudieron apreciar entonces lo que valía el hombre á cuyo valor, pericia y patriotismo se había confiado la defensa de la costa, sino que, debido al entusiasmo que produjo, influyó mucho en el porvenir de su defensa. Años después ha sido objeto de dudas, pero es indudable que sólo puede haber cabido en personas que no podían comprender cómo era posible que en tan corto tiempo pudiera realizarse una obra de tal magnitud que demandaba un trabajo tan ímprobo como constante.

Era que no conocían el temple del Coronel Lazcano; del

hombre tan humilde y modesto como honrado, que después de ocupar durante su vida importantes puestos en la administración pública, y de servir á su patria por más de cincuenta años, bajó al sepulcro pobre, es cierto, pero siendo modelo de patriotismo, de honorabilidad y de honradez.¹

¹ En una de las veces que la situación financiera hizo difícil el sostenimiento de las tropas, debido á la escasez de entradas en la aduana marítima de Goatzacoalcos y las interiores del territorio costero, el Coronel Lazcano solicitó á su buen amigo el Sr. Lic. José Domingo Zamora, que se hallaba en San Andrés Tuxtla, que pasara de incógnito á Orizaba para recoger de su apoderado el importe de la venta de algunos bienes que allí poseía, y cuya venta autorizó para que no cayeran en poder de los franceses, pues éstos, al ocupar esa población, le confiscaron dos fincas de su propiedad. El Sr. Zamora aceptó y cumplió el encargo, y la mayor parte de los dineros que condujo los enteró, por orden del Coronel, en la Caja de la Pagaduría General, para subvenir á las necesidades de la tropa, no reembolsándose de ellos sino hasta la terminación de la campaña, en cuya época el Gobierno Nacional le reconoció ese crédito.

El Sr. Lic. Zamora es actualmente Magistrado del H. Tribunal Superior de Justicia del Estado, y podrá dar fé de lo anteriormente dicho.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA